2930

ISIDRO SOLER y ALFONSO JORGE

CHOQUE DE PASIONES

CUADRO DRAMÁTICO

EN PROSA. ORIGINAL

Copyright, by I. Soler y A. Jorge, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

5

CHOQUE DE PASIONES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

CHOQUE DE PASIONES

CUADRO DRAMÁTICO

EN PROSA, ORIGINAL

DE

ISIDRO SOLER y ALFONSO JORGE

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL el 4 de Mayo de 1911

MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

Al simpático Manolito Pérez Aguirre y á su distinguida esposa Elvira Pascual García, dedican este modesto trabajo

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PADRE JOAQUÍN	Manuel Espejo.
ROSA	Concepción Villar.
PEDRO	Samuel Aguado.
SEBASTIANA	María Santoncha.
PABLO	Julio del Cerro.
ANTONIA	Josefina Infiesta.
PILARA	Guadalupe Muñoz.
PETRICA (niña)	Matilde Muñoz.
UN POBRE	Francisco Roig.
UNA NIÑA	Angela Jorge.

La acción en Graus (Huesca).—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Cocina en una casa de pueblo de la región aragonesa. Hogar bajo; varias sillas con asientos de cuerda de esparto y un sillón grande de brazos de la misma fabricación; un arcón grande cubierto por una manta y adosado al lienzo de pared de foro derecha. Sobre el vasar de la campana de la chimenea varios cacharros. El hogar ocupará todo el primer término de la derecha (caso de poder ser). El segundo término es una puerta que se supone conduce al corral. En los términos de la izquierda, puertas practicables que dan acceso á las habitaciones de la casa En el foro una puerta que conduce al zaguán, y en el foro de éste la puerta que da á la calle. Es un día gris de los del mes de Febrero, de esos que entristecen el ánimo.

ESCENA PRIMERA

En el hogar arden varias gavillas de tomillo y romero y algún sarmiento; aparecen la SEÑÁ SEBASTIANA, haciendo calceta; el SEÑOR PEDRO, sentado en el sillon de brazos, fabricando un rico cigarro de diez y ocho picao. PILARA, pelando y partiendo patatas, que va depositando en una fuente de barro blanco. ANTONIA, en medio del escenario en una silla; al lado de ésta, arrodillada en el suelo y apoyados los brazos en su falda, PETRICA, niña de seis á siete años, la cual deletrea con gran trabajo en una cartilla. Antonia va corrigiendo con gran cariño las equivocaciones que padece. Apenas levantado el telón dan las cuatro en un reloj de torre

Seb. Las cuatro y ya apenas se ve. ¡Maldito iviern o! Que ganas tengo que se vaya con dos mil de á caballo.

Pil. Dígalo usté mu fuerte, señá Sebastiana. Es un tiempecico que paice inventao por el

676984

mesmo demonio. Estaríamos mucho mejor si hiciá en el ivierno la calor que en el verano.

Ped. Sí que eres aguda, Pilara. Anda, dame una miaja de brasa pa encender este cigarro. ¿No sabes que el ivierno es mu necesario pa la vida y que el frío es mu saludable pa el cuerpo.

Pil. ¿Pus si eso es así, por qué se acerca usté tanto á la lumbre?

Ped. M'acerco por costumbre.

Pil. Por costumbre de que es usté un friolático y quié ver si pué entrar en calor; á mí no me venga usté con retólicas.

Ped. Calla y pela, mostillo, que no sabes lo que te ices.

Pil. Pa usté no sé yo nunca ná de ná.

Ped. De pelar patatas sabes muy poco; tós los días nos las haces comer en traje de faena.

Pil. Lo que usté quiera.

Ant. (A Petrica viendo que se para.) ¿Por qué te paras?

Pet. Porque está charrando mucho la Pilara y *mace* equivocar.

Ant. No la hagas caso.

Pet. Pilarica, ó te callas ó no sigo dando la lección, ea.

Pil. Me paice á mí que ni que charre ni que me calle vas adelantar ná.

Ant. Anda, Petrica, vamos á ver. ¿La eme con la a?

Pet. Ma.

Ant. ¿La ce con la o?

Pet. Zo.

Ant. ¿Cómo zo? Chiquia, será co.

Pet. ¡Ah sí, es verdad!; co.

Ant. ¿Ele a?

Pet. La.

Ant. Ya van saliendo poquico á poco.

Pet. Es que estas letricas tan pequeñicas, me cuestan más trabajo de conocer que las grandes. ¡Por qué no habían de ser toas las letras iguales!

Ant. Porque las que tú llamas pequeñicas, su verdadero nombre es el de menúsculas, y el de las grandes mayúsculas.

Pil. De esas son de las que yo no pude pasar en

cinco años que fuí á la escuela. Como que la maestra por más que hizo no pudo hacerme llegar á las menúsculas.

Ped. Y milagro que llegastes á las otras.

Ant. Anda, Petrica, esta liñica y se acabó.

Seb. Sí; que ya es hora de darle la merienda.

Ant. ¿Vamos á ver, qué letra es ésta?

Pet. (Después de tardar un poco.) Una me.

Ant. ¿Una me?... será una eme.

Pet. ¡Ay sí!; una eme, tienes razón.

Ant. ¿Y ésta?

Pet. Una ese.

Ant. ¿Y esta otra?

Pet. Una ece.

Ant. ¿Una ece...?

Pet. Una ece, sí señora.

Ant. Una ce, chiquilla.

Pet. Ves, esto me da mucha rabia. ¿Por qué una ha de ser una eme, otra una ese y ésta no puede ser una ece.

Ant. Porque... porque...

Pet. (Muy alegre.) Anda que no lo sabe... Tampoco lo sabe. (Dirigiéndose á Pedro.) ¿Abuelico, por qué es esto?

Ped. Tampoco lo sé, hija mía.

Pet. ¿No te han enseñao la cartilla de pequeñico?

Ped. No, hijica.

Pet. ¿Por qué, pues?

Ped. Qué sé yo.

Pet. Bueno. ¿Pues si á tí no te la enseñaron por qué quiés que yo la aprenda?

Ped. Pa que si algún día te llega á preguntar algún nieto lo que tú me has preguntao, que le contestes acordes.

Seb. Buenas pregunticas hace esta criatura.

Ped. Como ques mu lista.

Seb. No desmiente la casta; sale á su madre.

Ant. Y que lo diga usté; mi hermanica Rosa es mu avispá.

Pil. Ya lo creo. (Aparte.) Sobre tó pa lo que yo me sé.

Ped. Sus tengo encargao, qué me sé yo cuantas veces, que no quiero oir en esta casa el nombre de Rosa de denguna de las maneras, y estando yo presente menos.

Seb. ¡Entavía, Pedro!

Ped. Y así ha de ser hasta que me muera; he dicho que no y no.

Pet. No te incomodes, abuelico, que te pones mu feo.

Ped. Si no me incomodo.

Pet. Dame un beso.

Ped. Y cuarenta si quieres. (La coge y se la pone sobre las rodillas. Petrica le besa.)

Pet. Si no te enfadas te digo una cosa, abuelico.

Ped. ¿Qué cosa?

Pet. Que no me gusta besarte más que los domingos, tiés la cara tan finica... los demás días me punzas con esos pelos que te nacen.

Pil. Eso mesmo le digo yo á Reimundo tós los días y él como si no.

Ped. ¿También te pincha?

Pil. (Muy turbada.) No señor... es que...

Ped. Buena peloraga estás hecha. (A Petrica.) ¿Conque te pincho? Bueno; ya no te besaré más.

Pet. No, abuelico, no, que eso me hará más daño entavía.

Seb. ¡Qué majica es!

Ped. ¡Y que zalamera!

Ant. Acabamos la lección.

Ped. Dala por acabada.

Seb. Preparale la merienda. (Antonia deja la cartilla sobre el vasar de la cocina; va al arcón, lo abre, saca una hogaza de pan y un puchero de los usuales para poner el mostillo y empieza á preparar la merienda.) ¡Cuánto tarda Pablo!

Ped. No estará sin hacer nada. Cuando tarda será porque no tendrá más remedio. Antonia tié un marido que no echa á perder el tiempo.

Seb. Como quedó en venir á las cuatro pa acompañarme en cá el médico.

Ant. No estará mu largo.

Pil. (Levantándose.) Bueno, ya arrematé.

Seb. Pus en cuanto meriende Petrica, la coges y te la llevas á darla un paseíco, pero sin distraerte con naide.

Ped. Ni con Reimundo, que ya sabemos que pincha.

Pil. Miá qué agudico es también el amo. (Coge un puchero del vasar y se pone á echar las patatas.)

Ant. (Dándole la merienda.) Toma, Petrica.

Pet. ¿Quieres abuelico?
Ped. Que te aproveche.
Pet. Abuelica, toma un piazico.
Seb. Que de salú te sirva. (Petrilla se sienta en la silla en que estuvo sentada Antonia y empieza á merendar.)

ESCENA II

DICHOS y un POBRE, acompañado de una NIÑA de unos tres años

Pobre ¡Ave María Purísima!
Todos ¡Sin pecado concebida!
Pobre Una limosnica por amor de Dios.
Pil. Dios le ampare.
Pobre Por esta criatura, que estamos muertos de frío y de hambre; Dios les dará mucha salú.
Ped. Toma, Antonia, dale este céntimo gordo.
Pet. ¿Abuelico, me dejas que le dé á esa niña un poco de mi merienda?
Ped. Si es tu voluntá.
Pet. Como ella no tendrá abuelico que le dé nada.
Ped. ¡Qué sentimientos tié esta criatura!
Seb. ¡Cómo que no pasa día que no me haga de llorar con sus buenas acciones!
Pobre Dios te lo pague y te dé salú, hermosa niña.
Ant. Vaya usted con Dios, hermano.
Pet. ¡Qué hambre tenía la pobrecica! ¡Si vieras con qué ganas ha cogido el pan, abuelico!

ESCENA III

La SEÑÁ SEBASTIANA, ANTONIA, PILARA, PETRICA, PEDRO y el PADRE JOAQUÍN

P. Joaq. ¡Alabado sea Dios!
Todos ¡Por siempre sea alabado!
P. Joaq. ¿Qué hay de bueno por esta santa casa?
Seb. ¡El Padre Joaquín!
Pet. El señor cura.
P. Joaq. ¡Hola. arrapiezo!
Ant. Pase usté, señor cura, y siéntese. No ahí no, en el sillón.

P. Joaq. Este es el sitial del amo
Ped. Estando usté aquí, no hay más amo que usté,
P. Joaq. Después de Dios.
Seb. ¡Naturalmente!
Pil. ¿Vamos, mañica?
Seb. Sí, iros antes de que haga más frío.
P. Joaq. No se ha quedado la tarde mala, el aire se ha echado y con las cuatro gotas que han caído ha templado el ambiente; se puede pasear.
Pet. Hasta luego, señor cura.
P. Joaq. Anda con Dios y que él te guíe.

ESCENA IV

PEDRO, SEBASTIANA, ANTONIA y el PADRE JOAQUÍN

Ped. ¿Y qué trae por esta humilde choza el patriarca del pueblo?
P. Joaq. Misiones inherentes á mi sagrado ministerio
Ped. ¿Misiones, señor cura?
P. Joaq. Sí; he tenido carta de Rosa.
Los tres ¿De Rosa?
P. Joaq. De Rosa y en ella me ruega de todo corazón que venga á entregarte una carta en la que te pide perdón al mismo tiempo que solicita la concedas permiso para venir á esta casa; antes de partir para América, quiere dar un beso á su hija, un abrazo á sus padres y despedirse de nosotros, por si fuera la última vez que Dios la conceda el vernos.
Seb. ¡Que se va á América! ¿Y á que va allí?
P. Joaq. Deberes profesionales le obligan.
Seb. ¿Deberes?
P. Joaq. Ya sabes, Sebastiana, que cuando me escribió por primera vez mandándome á su hija para que os la entregara me indicaba en su carta que para buscarse el sustento había tenido que hacerse artista de varietés ¡como ella bailaba tan bien!
Seb. Esa fué su perdición: esa y aquella compañía de cómicos que estuvo aquí.
P. Joaq. Sebastiana, su perdición fué otra.

Seb. ¡Pobre hija mía!

P. Joaq. Bueno, Pedro, espero tu respuesta.

Ped. Padre Joaquin: lamento de veras que haiga escogío á una persona á quien tanto quiero y respeto pa que sirva de intermediario entre los dos; pero yo me atrevería á rogarle á usted, Padre Joaquin, por ese Dios que ha de juzgarnos, que no me hable usted de Rosa. A mi hija, desde el día que abandonó esta casa, me hice la cuenta que se la había dado tierra en el cementerio del pueblo.

P. Joaq. ¿Y tú crees que hizo mal Rosa abandonando esta casa?

Ped. Muy mal.

P. Joaq. Estás en un error, del cual yo veré si puedo sacarte.

Ped. Usté lo ve to con los ojos de la bondad y de la santidad que posee.

P. Joaq. Yo lo veo con los ojos de la verdad y de la justicia.

Ped. Porque usted es un santo, Padre Joaquín.

P. Joaq. Hoy no hay santos, Pedro: hoy no hay más que hombres. Unos que, ejerciendo el mal, creen practicar el bien, y otros que, practicando el bien, ejecutan el mal. ¿Cuáles estarán en lo firme?

Ped. Los que practiquen el bien, Padre Joaquin.

P. Joaq. Pues si tú crees eso, ¿por qué me pides que no te hable de Rosa, si hablándote de ella voy á practicar un bien que puede remediar un mal? Escúchame, Pedro. Si Rosa pecó y está arrepentida, sí faltó á sus deberes y hoy implora perdón, ¿qué puede hacer más para purificar su conciencia? Una de las acciones que más engrandece ante los ojos de Dios, es conceder el perdón á quien nos causó el mal. Así es como se puede vivir con tranquilidad de conciencia en este valle de lágrimas.

Ped. Muchas nos ha hecho derramar esa hija descastada.

P. Joaq. También ella las habrá vertido.

Ped. Rosa expiaba una culpa.

P. Joaq. Si tu hija tomó esa resolución fué por miedo; me lo confesó en su primera carta. Sa-

bía que tú no hubieras consentido nunca que por su causa te hubieran podido poner la cara colorada.

Ped. Eso no lo hubiera consentido jamás.

P. Joaq. Bueno; ahí tienes la justificación de su proceder, cometió el pecado y temió que tú al conocer su deshonra...

Ped. La hubiera matado, ¿no es eso?

P. Joaq. Eso es y, en evitación de mayores desgracias, tomo la determinación de abandonar paz, cariño, casa, amor... todo.

Ped. El que comete una falta debe afrontarla con valor.

P. Joaq. Hay pecados que á los padres no se les deben confesar.

Ped. No decirnos el nombre del que la engañó villanamente.

P. Joaq. Ese ha sido uno de los rasgos del talento de Rosa. ¿Para qué revelar ese nombre? ¡Para ponerte á las puertas de un presidio! ¡Para haber arruinado esta casa! ¡Para labrar la desgracia de esta pobre vieja y de esa infeliz criatura! ¡Hizo bien, Pedro, hizo bien! Yo que conozco todos sus secretos, tampoco he conseguido que me dijera el nombre del que labró su desgracia... Pero dejémonos de consideraciones... y vamos al objeto de mi visita. Yo me he impuesto la obligación de hacerte oir la carta de tu hija y voy á leértela.

Ped. Padre Joaquin, yo le ruego...

P. Joaq. No seas tozudo, Pedro.

Seb. Pedro, óyela... por mí.

Ant. ¡No sea usted aragonés, padre... por mi madre... por mí!

P. Joaq. Y por mí que soy en este momento la voz de Dios. (Saca una carta del bolsillo de la sotana y se pone las gafas. Sebastiana y Antonia se acercan al sillón donde está sentado el Padre Joaquín. Pedro permanece inmóvil. Leyendo.) «Padre, perdón; perdón para una hija pecadora, para una madre desgraciada, para una mujer arrepentida! Grande fué mi pecado pero no lo ha sido menor la penitencia. Siete años fuera de esa casa, á la que puedo llamar sagrario de mis amores. ¿Qué padre no perdona á sus hijos

si lo imploran llorando? ¿Qué madre no llora con sus hijos al verlos pidiendo perdón? Y si no fíjese usted en mi madre; al oir esta carta la verá usted llorar desde que el Padre Joaquín principie su lectura. (Pedro levanta la vista como movido por un resorte, se fija en Sebastiana y al verla llorar igualmente que á Antonia vuelve á bajarla como agobiado por un remordimiento.) Pues si esas lágrimas son para usted algo más que mis súplicas, por ellas le pido me conceda el perdón que imp:oro. Concédamele y correré á echarme en sus brazos. ¡Que alegría será para mí estampar sobre la frente de mi hija el beso amante que mis padres depositen en mi boca! Y si al hallarme en tierras muy lejanas Dios quisiera disponer de mi vida y pudiera pedirla alguna merced, sería que tuviera misericordia para los pobres viejos que habían concedido su perdón á una hija pecadora, á una madre desgraciada, á una mujer arrepentida! ¡Perdón, Padre! ¡Perdón para Rosica!» (A la terminación de la lectura hay pausa grande; Sebastiana y Antonia siguen llorando; el Padre Joaquin dirije sus miradas á Pedro el cual está inmóvil y sin levantar la vista del suelo El Padre Joaquin interrumpe el silencio,) Y bien, Pedro, ¿qué contesto a tu hija?

Ped. (Levantándose de la silla y con palabras entrecortadas por la emoción.) ¡Qué venga, Padre Joaquin, qué venga; pero yo no la quiero ver, no puedo verla! (Casi llorando hace mutis por la primera puerta izquierda. El Padre Joaquin, Sebastiana y Antonia quedan en escena con arreglo á la situación la cual se recomienda mucho á los intérpretes.)

ESCENA V

SEBASTIANA, ANTONIA, el PADRE JOAQUIN y PABLO

Ant. ¡Pobre padre, qué bueno es!

P. Joaq. Ya sabía yo que la carta le llegaría al corazón.

Seb. (Sin dejar de llorar.) Como que es aragonés, Padre Joaquin. Aragonés legítimo, de los que tienen por corazón el templo del Pilar.

Pablo (Entrando.) ¡A la paz de Dios!
Ant. ¡Pablo!
Pablo El mismo; buenas tardes.
P. Joaq. Buenas te las dé Dics, Pablo.
Pablo (Fijándose en las caras de Antonia y Sebastiana,) Pero, ¿qué caras son esas? Cualquiera diría que habíais llorao.
Seb. ¡Y habemos llorao!
Pablo Pues, ¿qué sucede?
Ant. Nada, Pablo, no entres en cuidao. Ya sabes que lo mismo se llora de pena que de alegría.
Pablo Sí, ya lo sé. Pero no hacen la misma cara unas lágrimas que otras.
Seb. Es que el Padre Joaquin nos ha traído una noticia que nos ha causado alegría á la par que pena.
Pablo ¿Y qué noticia es esa?
Ant. Que mi hermana Rosa está para llegar al pueblo de un momento á otro.
Pablo (Con gran sorpresa.) ¡Rosa!
Seb. ¡Rosa, mi hijica!
Ant. ¡No te da alegría!
Pablo (Rosa en el pueblo.) (Aparte.)
Ant. ¿Ves el efecto que te ha hecho? Pues ese mismo nos ha producido á nosotras.
Pablo ¿Y tu padre lo sabe?
P. Joaq. Lo sabe y me ha mandado que la diga que venga.
Seb. Anda, Antonia, mientras yo voy con tu padre; sé que me va á echar con cajas destempladas, pero que le himos de hacer; mientras voy con tu padre prepara el cuartico de Rosa porque el Padre Joaquin la escrebirá en seguida diciéndola que venga.
Ant. ¿Por qué no se lo dice usté por tiligrafo?
P. Joaq. No habrá necesidad, porque probablemente estará ya en el pueblo.
Seb. ¡Pues corra usté en seguida á buscarla, Padre Joaquín! ¡Hijica de mi alma! La voy á escachar del abrazo que la voy á dar.
Ant. Voy á prepararlo todo. No paece que á Pablo le ha caído muy bien la noticia. ¡Claro, como tiene el mismo modo de pensar que padre! (Vanse segundo izquierda.)

ESCENA VI

PABLO y el PADRE JOAQUIN

P. Joaq. Perdona, Pablo, que te deje, pero mi deber...

Pablo (Con temor.) Padre Joaquin, yo le suplico que antes de irse me oiga cinco minutos; un caso de conciencia me obliga á ello.

P. Joaq. ¿Un caso de conciencia? Y es tan urgente...

Pablo Tanto que su demora en confesarlo pudiera ocasionar una desgracia.

P. Joaq. Me pones en cuidado.

Pablo Escúcheme usté, señor cura, y le ruego que lo que le voy á revelar lo guarde como secreto de confesión.

P. Joaq. (Sentándose en el sillon.) Haz cuenta que estás delante del tribunal de la penitencia.

Pablo ¿Ha dicho usted, Padre Joaquin, que Rosa vuelve al pueblo?

P. Joaq. Tal vez está ya en él.

Pablo Pues la vuelta de Rosa puede originar esa desgracia.

P. Joaq. ¡La vuelta de Rosa! ¿Y por qué?

Pablo Porque el padre de su hija, el padre de Petrica... soy yo.

P. Joaq. (Con asombro.) ¡Tú! ¡Dios santo!

Pablo ¡Yo, Padre Joaquin!

P. Joaq. ¡Jesús!

Pablo Ahora comprenderá por qué le decía que la demora de mi confesión podría tener fatales resultados.

P. Joaq. ¿Y cómo sabes tú que Petrica es tu hija?

Pablo Por una carta que me entregó la mujer que le trajo á usté la niña. Rosa me decía que estaba muy delicada, que no sabía el desenlace que podría tener su dolencia, y que por lo más sagrado para mí me rogaba que velara por aquella criatura, fruto desgraciado de nuestros amores.

P. Joaq. Y tú, Pablo, hijo mío, ¿por qué esta confesión que ahora me haces no me la hiciste al recibir aquella carta?

Pablo Por vergüenza... por miedo... qué sé yo. Tal

vez creyendo que la enfermedad de Rosa hubiera tenido un desenlace funesto al no tener noticias suyas en tres años, pero ahora que ya lo sabe todo le ruego me aconseje lo que debo hacer; cuanto usté me ordene será lo que yo cumpla.

P. Joaq. Grave es el caso, Pablo. ¡Si Pedro llegara á enterarse!... ¡Si Antonia sospechara!... Miedo mé da pensar las consecuencias que esto pudiera tener. (Pausa corta y alzando los ojos al cielo en ademán de súplica.) ¡Supremo ser! ¡Tú que todo lo puedes, ilumina á este viejo pastor para que pueda evitar el choque de pasiones que, creado por estas dos almas pecadoras, indudablemente ha de ocurrir! (Otra pausa corta como figurando que reza.) Y dime, Pablo, ¿cómo, sabiendo los vínculos tan sagrados que te unían á Rosa llegaste á casarte con su hermana? ¿Qué móvil te guió? ¿Qué genio del mal te inspiró para ello?

Pablo ¡La fatalidad! ¡Rosa era para mí el objeto amado, pero la fatalidad me lo robaba y, como Antonia me parecía Rosa, de ella me enamoré, no por lo que era en sí, sino por lo que para mí representaba. Además, yo no podía vivir sin venir á esta casa. Mis frecuentes visitas hicieron que el señor Pedro me pidiera explicaciones. Yo al pronto no supe decirle más que pretendía á Antonia para festejar con ella, á lo cual me contestó que si quería casarme con Antonia la boda habría de celebrarse corriendo, ó de lo contrario que no volviera más por esta casa. ¡Imposible que yo hiciera esto! ¡Me hubiera costado la vida! Pasó tiempo, durante el cual yo procuré por todos los medios averiguar el paradero de Rosa. El señor Pedro me exigió el cumplimiento de mi palabra... yo no podía volverme atrás y esta fué la causa de casarme con Antonia...

P. Joaq. Todo eso se hubiera evitado si tú hubieras leído las cartas de Rosa, pues yo tenía noticias de ella todos los meses.

Pablo Le juro á usté, Padre Joaquín, que mi unión con Antonia, ha sido de forma porque mi alma estaba unida á Rosa desde el

momento que supe que Petrica era nuestra hija.

P. Joaq. Esto es lo grave, Pablo; la unión esa que tu llamas de forma, es la que tiene fuerza legal.

Pablo ¿Y qué hacer, Padre Joaquín, qué hacer? Yo creo que lo mejor será marcharme de este pueblo para siempre.

P. Joaq. Marcharte, nunca, hijo mío. ¿No ves que esa huída pudiera infundir graves sospechas y es precisamente lo que debemos evitar á toda costa? Yo hablaré con Rosa, yo la enteraré de todo... yo la haré comprender...

ESCENA VII

DICHOS, PILARA; á poco SEBASTIANA; Después ROSA, el PADRE JOAQUÍN, PILARA y ANTONIA

Pil. (Entrando muy deprisa y muy asustada.) ¡Ay! ¡ay! ¡cuánto me alegro que esté usted aquí, Padre Joaquín!

P. Joaq. ¿Qué te ocurre?

Pil. ¡Ay, señor cura; qué susto más morrocotudo mi acabo de llevar; si entavía me están temblando toas las cosas que tenemos por aquí drentro del cuerpo!

P. Joaq. ¿Pero qué te ha pasado?

Pil, Déjeme usted que respire, que paice que me falta el resuello.

P. Joaq. ¿Pero qué es, mujer?

Pil. ¿A quién dirán ustés que he visto á la puerta de la iglesia?

P. Joaq. ¿A quién?

Pil. ¡A Rosica!

P. Joaq. ¿Y te asusta ver á Rosa á la puerta de la iglesia?

Pil. Lo que mi asusta es vela en el pueblo.

P. Joaq. ¿Y por qué?

Pil. Porque en cuanto el siñor Pedro lo sepa, menúa sampablera vamos á tener.

P. Joaq. ¡No será tanto!

Pil. ¡Si lo tié jurao!

P. Joaq. No te asustes, Pilara; Pedro sabe ya que Rosica está en el pueblo.

Pil. ¿Qui lo sabe?

P. Joaq. Sí.

Pablo Y Petrica, ¿no saliste con ella?

Pil. Ya lo creo que salí, pero güelvo sin ella. Cualisquiera se la arranca de los brazos á Rosica. Se la hi quirío quitar dos veces y ma dao seis pizcos y dos empentones que por poco me esmorra contra la pader.

P. Joaq. ¿Y se ha quedado donde tú la has encontrado?

Pil. Quiá, no siñor; mi ha preguntao por usté y al decirla que se había usté quedao aquí hablando con el siñor Pedro, ha arreao á correr, y si no la hubiera detuvío de la saya, aquí se había colao de rondón... Ahí fuera, en la calleja, le está aguardando á usted.

Pablo Yo me voy, padre Joaquín.

P. Joaq. Espera, Pablo, espera; yo veré de arreglarlo todo. (Vase foro.)

ESCENA VIII

DICHOS menos el PADRE JOAQUÍN

Pil. ¡Estoy atontoliná! ¡Y qué majica viene, señor Pablo! ¡Con un cachucho en la caeza que paece una seta y una cosa encarná liá por la cara pa que no le piquen las moscas; la mar de guapeta! ¡Pus y el capisayo! ¡Si paece el balandrán del azotaperros del Pilar! ¿Y la saya? ¡Estrecha, estrecha, que al echar el paso paece que está trabá como una bestia! ¡Qué cosas se estilan por afuera de este pueblo! ¡Lo que es como yo me pusiera una saya de esas me estozolaba, de siguro!

Seb. (Saliendo.) ¡Es imposible convencerle! Como el Padre Joaquín no lo consiga, Pilara y Antonia...

Pil. ¡Qué me se yó!

Seb. ¿Y el siñor cura?

Pil. Se fué... se fué... se fu...

Seb. ¿A dónde?

P. Joaq. (Desde la puerta del foro del zaguán.) Espera, mu-

chacha, que una sorpresa así pudiera causarles un mal.

Rosa (Al ver á Sebastiana y dando un grita.) ¡Madre!

Seb. (Sin saber lo que le pasa al oir la voz de Rosa y mirando á todos lados.) ¡Quién! (Al ver á Rosa.) ¡Rosa! ¡Hija! ¡Hijica mía!

Rosa (Corriendo á echarse en sus brazos.) ¡Madre! ¡Madrecica de mi alma! (Pausa grande.)

Pil. (Viendo á Sebastiana y á Rosica abrazadas y casi llorando.) Tengo ahora mesmo un núo en la garganta del tamaño de un malacatón. Yo me marcho de aquí, porque si suelto el trapo me van á tener que echar. (Vase segundo término derecha.)

Seb. ¡Antonia!

Ant. (Dentro.) Voy.

Seb. Ven corriendo.

Ant. ¿Qué pasa, madre?

Rosa (Corriendo hacia Antonia.) ¡Antonia!

Ant. ¡Rosica!

(Este cuadro quedará formado del modo siguiente: Rosica y Antonia abrazadas y llorando. Sebastiana llorando también. El Padre Joaquín y Petrica en la puerta del foro de la habitación. Petrica está como atontada, cosa muy común en los niños cuando presencian un acto que les causa sorpresa. Pablo muy retirado al fondo y esquivando las miradas de Rosa.)

Seb. (Volviendo á abrazarla.) ¡Hijica mía! ¡Qué ganas tenía de tenerte así!

Rosa Y yo, madre, y yo. Pero ¿y padre, no está?

Seb. (Sin saber qué contestar.) Tu padre está... está ahí dentro hablando con... ahora saldrá... como no te esperábamos tan pronto...

Rosa No veo el momento de echarme á sus pies para darle las gracias por su perdón y por haberme permitido volver á esta casa.

Seb. (Después de cruzar unas miradas de inteligencia con el Padre Joaquín.) Señor cura, ¿quiere usted entrar con Petrica á prevenir á Pedro? no sea que vaya á salir y la sorpresa de ver aquí á Rosa pudiera...

P. Joaq. Voy allá.

Pablo (Al pasar por su lado el Padre Joaquín.) Padre Joaquín...

P. Joaq. Ya está todo arreglado. Yo le hablaré. (Vanse Joaquín y Petrica.)

ESCENA IX

DICHOS, menos el PADRE JOAQUÍN y PETRICA

Seb. ¡Rosica de mi alma!

Rosa ¡Madrecica mía!; ¡qué ganas tenía de respirar este ambiente! ¡Qué placer tan grande se experimenta al hallarse entre los brazos de sus padres, únicos seres que no engañan jamás.

Ant. Pero, tú, Pablo, ¿qué haces ahí?

Rosa ¡Ah! ¡Estaba ahí Pablo! Pablo, ¿qué haces ahí tan apartado; es que no quieres saludarme?

Pablo ¿Yo, Rosa?...

Rosa ¿O es que como te dejé soltero y te encuentro casado, el matrimonio te ha vuelto orgulloso y desabrido?

Pablo No, Rosica; no lo creas... yo para ti seré igual siempre. Siempre lo mismo.

Rosa (Muy marcado.) Eso es lo que yo quiero, Pablo; que seas para mí, siempre, lo mismo que eres ahora. (Transición.) Pero, ¿y padre, no sale? ¡Cuánto tarda! ¿Estará enfermo y no me lo queréis decir? (Muy triste.) ¿O es que no querrá verme... que no querrá hablarme?...

Seb. No, Rosica, no... es que...

Rosa Entonces, ¿por qué no me llevais á verle?

Seb. Es que... la sorpresa podría... Mira, Antonia, vamos á entrar á ver si ha terminado de hablar con...

Ant. Sí, vamos. (A Sebastiana.) ¡Dios quiera que le podamos convencer!

Seb. ¡Cuándo el Padre Joaquín no lo ha hecho salir!... (Entran primera izquierda.)

ESCENA X

PABLO y ROSICA

Pablo (Después de una pausa durante la cual ha estado mirando á Rosa, mientras ésta se quitaba la gorra de viaje y el velo que trae sobre los hombros.) ¡Rosa!

Rosa (Deteniéndole con la mirada.) Eso es lo que yo quiero que seas para mí siempre; lo que eres ahora.

Pablo Rosica, ¿qué quieres decir?

Rosa (Con entereza.) Rosica, no; Rosa. Aquella Rosica á quien su ceguedad condujo á la desgracia; aquella Rosica que tú conociste y á quien creías muerta, según me ha dicho el Padre Joaquín, muerta está en efecto para ti.

Pablo ¿Qué?

Rosa Yo también creí encontrar aquí un Pablo con quien compartí mi niñez, mis alegrías, y también me ha asegurado el señor cura que ha dejado de existir.

Pablo (Con amargura é intención.) Podrá haber muerto Rosica para Pablo, pero para éste Rosica vive todavía.

Rosa No, Pablo, no, tampoco. Los dos han muerto para los dos.

Pablo (Muy cortado por las palabras de Rosa y por el tono en que las ha pronunciado.) Entonces, si eso es así... yo... (Transición.) Pero, si no puede ser, si no es posible; ¿cómo se puede olvidar?

Rosa ¡Olvidar! Olvidar se olvida fácilmente cuando el amor no se lleva en el alma, cuando no se quiere como Rosica.

Pablo ¡Igual quería Pablo!

Rosa Quería, sí; quería. Pero en el amor, si es verdadero, el pasado no existe, sólo vive el presente.

Pablo Y si eso es así, si Rosica pensaba de ese modo, ¿qué pruebas le dió á Pablo de que ese fuera su sentir?

Rosa ¡Qué mayor prueba que confiarle su hija, ese pedazo de su alma! ¡Ese tesoro donde

están fundidos todos sus cariños, el de mujer y el de madre! ¡Cómo demostrar que no le olvidaba si se sacrificaba, robándose el cariño de su hija porque con ello pensaba que Pablo sería más feliz! ¿Y cómo pagaba ese sacrificio? ¡Restándole caricias y besos á aquel ángel de Dios, símbolo de sus amores para entregárselos á otra mujer que no era la infortunada Rosica! ¡Y todavía tacháis los hombres de volubles é inconstantes á las mujeres... cuando vosotros nos enseñáis á serlo! ¡Cómo no ser pecadoras si son ellos los que nos incitan á pecar!

Pablo Estás equivocada, Rosica... si supieras las causas... si quisieras escucharme...

Rosa No es que no quiera, es que no puedo. En tí no veo ya al Pablo que me inspira cariño, no debo verlo. En tí miro hoy al Pablo que me infunde respeto por ser marido de mi hermana. ¡Pablo! ¡Rosica ha muerto para tí como tú has muerto para Rosica!

Pablo Será porque tú así lo deseas.

Rosa Es porque así debe ser.

Pablo (Después de una pausa.) ¿Entonces, si Rosica ha dejado de existir para Pablo, también habrá muerto para Petrica?

Rosa (Como si lo dicho por Pablo hubiera sido un latigazo recibido en la cara.) ¡Jamás, Pablo, jamás! Para ella vivirá eternamente; hasta después de muerta; ¿ó crees que Petrica podrá olvidar á su madre, como tú has olvidado á la que te entregó su honra?

Pablo ¡Rosica... yo te juro!...

Rosa No jures, Pablo. Cuando los hechos demuestran lo contrario de los juramentos, estos no tienen ningún valor.

Pil. (Que sale de la puerta segunda derecha y al ver á Pablo y á Rosica se detiene.) ¡Rosica y Pablo! ¡Y qué caras tienen, paece que regañan!

Rosa Y para demostrarte la existencia de Rosica para con Petrilla, esta misma noche las verás partir juntas.

Pablo (Sin poderse contener.) ¿Que te piensas llevar á Petrica?

Pil. (Con igual sorpresa.) ¿Que se quiere llevar á la mañica?

Rosa Para siempre, Pablo.

Pil. Me paece que no. ¡Yo corro á decírselo al siñor Pedro! Llevarse á Petrica, primero me ahuga. (Vase corriendo por la misma puerta que salió; al momento se la ve atravesar el zaguán de derecha á izquierda.)

Pablo ¿Has meditado bien lo que piensas hacer?

Rosa Lo tengo bien meditado.

Pablo Mira que esa determinación pudiera originar una desgracia.

Rosa Aunque me costara la vida.

Pablo ¿Y si yo me opusiera á ello?

Rosa ¿Tú? ¿Y quién eres tú para oponerte?

Pablo (Muy bajito y encarándose con Rosa.) ¡Soy su padre!

Rosa Eres su padre ante Dios y ante mí, pero ante nadie más. Yo en cambio, soy su madre ante la faz de todos. Tú ya no podrás decir que Petrica es tu hija, porque al decirlo y conocer tu proceder para conmigo, un baldón de ignominia caería sobre tí. Ese derecho que reclamas podrás ejercerlo ante mí solamente. ¡Algunas ventajas habíamos de tener las madres que sabemos serlo sobre los padres que no lo saben ser! Y si tu criterio pudiera prevalecer sobre algún tribunal, si me quitaran á Petrica, sería capaz aunque el cieno de la mentira manchara mi honra, de proclamar con todas las energías de mi alma que desconocía al padre de mi hija.

Ped. (Saliendo.) Pero no podrías decir que desconocías al tuyo.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PEDRO, SEBASTIANA, ANTONIA, PETRICA, el PADRE JOAQUÍN y PILARA

Rosa (Yendo hacia Pedro.) ¡Padre!

Ped. (Muy seco.) ¡Aparta! ¡Juré no hablarte más; juré no verte; pero el saber que intentas llevarte á Petrica de esta casa, me ha hecho quebrantar el juramento!

Rosa ¡Padre!

Ped. Ya sabía yo que tu vuelta á esta casa, no traería más que desengaños y lágrimas.

Ant. ¡Padre!

Seb. ¡Pedro, por Dios!

Ped. Lágrimas sí. ¡Qué más nos puede proporcionar á nosotros la acción que intentas cometer!

Rosa ¿La acción que intento cometer? ¿Es acaso una mala acción el que una madre quiera tener á su lado á una hija á quien quiere con toda su alma?

Ped. Y si tanto la querías, ¿por qué la abandonaste?

Rosa ¡Yo abandonarla! ¿Califica de abandono el haberles mandado aquí á mi hija donde sabía que iba á estar mejor que á mi lado?

Ped. Pues si así piensas, ¿por qué te la quieres llevar?

Rosa Quiero llevármela porque... porque... harto tiempo he estado separada de ella.

Ped. ¿Y ahora te acuerdas de eso?

Rosa ¿Ahora, padre? Jamás lo he olvidado, y pongo por testigos á mi madre y al Padre Joaquín.

Seb. Pedro, sí, es cierto, yo te lo aseguro.

P. Joaq. Y yo lo afirmo.

Rosa ¿Se convence usted, padre, de que tal abandono no existe?

Seb. ¿Y á qué viene, hija mía, esa determinación de llevarte á Petrica?

Rosa Yo ruego á usted, madre, que me permita no le conteste á esa pregunta. Lo que sí la diré es que mi resolución es irrevocable.

Pablo ¡Por qué no podré yo hablar?

P. Joaq. Pablo, calla y cumple con tu deber.

Seb. Pero hija...

Ped. Basta. No pretendas hallar mercedes donde no puede haber más que ingratitudes.

Rosa ¡Padre!

Ped. ¿Quieres llevarte á tu hija? Llévatela cuanto antes; pero ten presente mientras vivas, lo que te voy á decir. Tú te llevas á tu hija y tus padres te arrojan de esta casa.

Ant. ¡Padre!

P. Joaq. Mira, Pedro... lo que vas á decir...

Ped. (Con mucha entereza.) Te arrojan de esta casa para siempre. ¡Petrica!

Pet. (Soltándose de la mano de Pilara.) ¡Abuelico!

Ped. Ahí tienes á tu madre, vete con ella.

Pet. (Cogiéndose á las piernas de Pedro.) No, abuelico, no, no te enfades. Yo no quiero irme con nadie más que contigo. (Casi llorando.)

Pil. Tómate esa, Ruperta. (Aparte.)

Ped. Es que tu madre lo quiere y te lo manda.

Pet. Mi madre manda, pero tú mandas mucho más que ella y la debes decir que me deje aquí.

Pil. ¿Digo, eh, si sabe la mañica? (Aparte.)

Seb. ¡Angel mío!

P. Joaq. ¡Poder de Dios!

Ped. ¿Es que no quieres irte con ella?

Pet. (Volviendo á cogerse á Pedro.) No, abuelico, no.

Rosa (Sin saber lo que le pasa.) ¡Dios mío! ¿Era esto lo que me tenías reservado en esta casa para final de mis desventuras?

Ped. Estas desventuras son el fruto de lo que tú has sembrao. La hija que no respetando las canas de sus padres comete faltas que los deshonran; la madre que se aleja de sus hijos privándoles de sus besos y de sus caricias en una edad que es cuando más los necesitan, ¿qué extraño es que al acudir á ellos los padres les nieguen sus cariños y á los hijos les infundan miedo sus caricias?. Este es el castigo que impone el mundo á toda mujer que olvida sus deberes de hija honrada y no cumple con sus obligaciones de madre amante. Aquí tienes la prueba. Hoy te ves sola, abandonada, sola quizás pa siempre...

P. Joaq. No, Pedro, no, sola no; tiene todavía mis brazos que representan los brazos de Dios; los de la religión que acoge á todo desgraciado, á todo arrepentido. Ven á mí, Rosa, ven á mí. Dios que todo lo puede, y el tiempo que todo lo iguala y todo lo soluciona, serán los que te ayuden á llevar con resignación las vicisitudes de esta vida. Ruega conmigo á Dios, roguémosle juntos para que te dé fuerzas y pidámosle al mismo tiempo que lleve al corazón de tu padre el convenci-

miento de que no eres una hija malvada, ni una desnaturalizada madre, sino una mártir de tu deber y de tu desgracia. Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea... (Va cayendo el telón poco á poco desde que empieza el Padre nuestro. Rosa queda con la cabeza apoyada en el hombro derecho del Padre Joaquín. Pedro con la vista baja y mirando á Petrica que continúa abrazada á sus piernas, Sebastiana y Antonia llorando. Pilara, como atontada, viendo lo que pasa, y Pablo demostrando en el semblante y la actitud un gran remordimiento de conciencia.—Telón.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE ISIDRO SOLER

¿Quién será? (Monólogo.)
Un motín por Villamuerde ó de los presupuestos ¿qué? (1)
El primer novio.
Postales madrileñas ó las fiestas de Mayo. (2)
En tierra de ciegos.
Pasional. (3)
Las chismosas. (4)
Rosas y espinas. (3)
Las boletas. (5) (Parodia de *La boleta de alojamiento.)*
La Boheme. (6)
El cortijo. (6)
La cuna de Jesús. (7) (Refundida.)
Los tientos. (8) (Entremés.)
Chico en grande.
Por un amor!
Agencia matrimonial.
Sangre gitana.
El muerto resucitado.
Buscando compañía.
El lazo verde. (9)
Toros en Aranjuez. (10)
La alegría de triunfar. (6)
Pascualica (Comedia baturra en un acto y en prosa.) (9)
El alegre manchego. (Viaje cómico-lírico-bailable-cinematográfico, original y en prosa, en cinco cuadros, dos intermedios y un apoteosis.) (11)
Vencedores y vencidos. (Comedia en un acto y en prosa.) (9)
¡Parroquianal... ¡Rabanitos! .. (Sainete madrileño en un acto y en verso.) (9)

«No existe felicidad» (Boceto de comedia en un acto y en prosa, en dos cuadros y un intermedio.) (12)

Choque de pasiones. (Cuadro dramático en un acto y en prosa.) (12)

---

(1) En colaboracion con Delfín Jerez, música del maestro Baratta
(2) Idem con Angel Caamaño, música del maestro Pérez Soriano
(3) Música del maestro Cotó.
(4) En colaboración con Angel Caamaño, música de Valverde (hijo) y Calleja.
(5) Idem con Angel Custodio, música de los maestros Lleó y Calleja.
(6) Idem con id. id., música de los maestros Cassadó y Guitart.
(7) Música de los maestros Riera y Muñoz.
(8) Idem del maestro Muñoz.
(9) En colaboración con Angel Caamaño.
(10) Idem con id., música de Manuel Nieto.
(11) Idem con id. y A. Custodio, música de José M.ª Alvira y Lorenzo Andreu.
(12) Idem con Alfonso Jor e.

OBRAS DE ALFONSO JORGE

«No existe felicidad» (1)

Choque de pasiones. (1)

(1) En colaboración con Isidro Soler.

Precio: UNA peseta

50 POR 100 DE ALIMENTO